

ew2021-42

Máscara



Escribidora:
ANA MARÍA HERRERA
(Lima, 1955)

Entró con cierto reparo al salón de belleza. Al acercarse percibió un fuerte olor de tintes de cabello y lociones. Ella quiso retroceder pero una empleada vestida de negro fue a su encuentro y la invitó a pasar. De pronto una voz ronca espetó: *¡Negra, atiende a la señora!* El limitado espacio del salón estaba invadido por una profusa ornamentación de frascos de perfumes, botes de laca, pomos de cremas y muestrarios de maquillaje y de bisutería barata. La cortina de terciopelo granate, los muebles crema Luis XV, el biombo chino lacado, el Buda de madera, los espejos antiguos y el canario en jaula dorada completaban el decorado decadente con cierto aire de dramatismo. El ambiente la atrapó y quiso tomar apuntes de todo lo que allí veía. Pero el personaje que estaba sentado en el sillón de época tomando un café, le llamó más la atención. Somnoliento y retraído, se mira en el espejo con una expresión ostensiblemente triste. Lleva tatuajes y ondulantes cabellos largos. Tomando un sorbo más de café, su rostro desencajado ve en el espejo una criatura con mirada de gato en la que se reconoce, pero con otro color de piel y de oscuro pelaje. No se identifica con su cuerpo doble andrógino. Desde pequeño imaginándose una estrella de cine, pasaba mucho tiempo mirándose en el espejo para corregir cualquier defecto, persiguiendo una imagen de glamour que logró conseguir. Mas el inexorable paso del tiempo y los vaivenes de su travestida vida hicieron que se retirara de los escenarios, y allí permanecía como un náufrago anclado en su sillón de tapicería desgastada.

En un instante, con mirada vivaz revive la sensual y poco inocente figura de Norma Miravall, que fue su nombre de batalla, desfilando con traje de noche en la pasarela del concurso Miss Perú Gay. Sin embargo ahora la escena es distinta, aunque con un toque surreal; está vestido con indumentaria unisex, blue jean roto incrustado en sus piernas y holgadas alpargatas para realizar su trabajo de peluquero. En su piel oscurecida ya no queda ni rastro de la blancura de los tiempos en que solía aplicarse leche de burra para aclarar el rostro. Norma cruza la pierna derecha y se traslada al puerto del Callao, donde desfiló gloriosamente por última vez y absorto da otro sorbo de café.

Esta tarde ha vuelto a recordar a la modelo olvidada con recuerdos que él solo guarda, a veces siendo ella o él, o mujer y hombre al mismo tiempo. Pero aun así, se recrea viéndose como la mujer ganadora, el hombre perdedor, o viceversa, en ese prodigio de espejo donde la realidad y la ilusión se confunden. Da el último sorbo y suelta la taza repentinamente. Entra por fin un cliente que lo devuelve a la realidad de un latigazo. Se incorpora y caminando como una geisha con pasitos cortos, se desplaza hasta la entrada para recibirlo. *¿Señor, en qué le puedo servir?* susurrando con una dulce voz impostada.

Al terminar de servir al cliente con exquisita amabilidad, un extraño brillo lucía en sus ojos mirándose lánguidamente como mujer. El espejo reflejaba su poder de seducción luciendo las ondulaciones de su cabello que envolvían su delicada tez. Se contempló largamente en el espejo triple, primero de frente y luego de perfil, pero al girar la espalda se percató, con desagrado, de que ella escribía en su cuaderno de notas. Súbitamente empezó a oscurecer y la escena se invirtió, pasó del esplendor a la amargura. Se sintió amenazado. Sus maneras finas se desvanecieron y la suave voz se tornó áspera y prepotente. Espetó: *¿qué haces?, ¿quién eres?* Sin proponérselo ella -la escritora de apuntes-, estaba presenciando la repentina transformación, el desenmascaramiento del travesti que mostraba su verdadero rostro. Enséñame lo que has escrito. *¿Eres periodista o me equivoco?* Perpleja negó con la cabeza sonriendo nerviosa.

Se equivocaba ampliamente. A pesar de que había dejado los escenarios y montado con sus pocos ahorros un salón de belleza para dejar esa vida marcada por los estragos de la droga, una secuela había quedado en el interior de su ser, la idea delirante de que seguía siendo alguien acosado por la prensa.

Anocheía cuando la supuesta periodista abandonó el local precipitadamente. Allí quedó el atormentado personaje aplicándose plácidamente el labial, pretendiendo ser lo que no podía ser, con sus ojos malignos, brillantes, que asemejaban la mirada de un felino. Caminando en la vereda rota, seguía ella oyendo a lo lejos el canto del solitario canario.

Historia del libro *gira, el mundo gira* (abril 2021).

